

CAPITULO CXV.

Conducta de los aliados despues de la victoria de Lepanto.—Campana naval de 1572.—Paz de Venecia con Turquía.—Disolucion de la Liga.—Empresa de D. Juan de Austria contra Túnez.—Reconquistala y vuelve á Italia.

El día 31 de octubre aportaba D. Juan con su escuadra á Mesina, donde fue recibido con gran entusiasmo. Igual lo produjo la noticia de la victoria en todos los países comprometidos en la Liga; en Roma, Marco Antonio Colonna hizo una entrada triunfal semejante á la de D. Juan de Austria en Mesina: el papa Pio V, llorando de alegría, exclamó aplicando á D. Juan de Austria las palabras del Evangelio: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes*. Inmensa alegría demostraron tambien los españoles, y solo Felipe II, el mas interesado quizás en el triunfo, manifestó afectada indiferencia: al recibir la noticia de este, hallábase en el Escorial rezando las vísperas de Todos los Santos, cuando un caballero de su cámara, D. Pedro Manuel, le llevó la feliz nueva, y continuó impasible su rezo, ordenando solo despues de haberle terminado, que se cantara un *Te-Deum* en accion de gracias al Señor.

Poetas, escultores y pintores esmeraronse á porfia, unos con su pluma, otros con sus pinceles ó su cincel en cantar y elevar monumentos á aquella victoria; el pueblo todo de las naciones interesadas en la Liga manifestaba sin recato su contento. Pio V y el senado de Venecia no le ocultaban tampoco, y solo el Monarca español, con general extrañeza, permanecía indiferente. Débese esto atribuir á inclinacion natural de su carácter ó á empeño puesto por él en manifestar desprecio de las glorias de la tierra, pues si bien los sucesos posteriores mas vinieron á justificar la indiferencia de Felipe que el entusiasmo de los demas, no es posible atribuir á prevision de aquellos que en lo humano no cabe, la conducta del Monarca.

Causó gran desaliento al sultan Selim la noticia de lo ocurrido, mas recobróse luego, y tratando solo de reponerse, manifestó una actividad que sorprendió á sus mismos enemigos. Uluch-Ali habia conseguido reunir ochenta y siete velas de las dispersas en Lepanto, y con ellas hizo su entrada en Constantinopla, disminuyendo así en apariencia la intensidad del desastre sufrido; inmediatamente los arsenales del imperio comenzaron la construccion de nuevas naves, y tal prisa se dieron en fabricarlas, que en solo un invierno botaron al agua ciento cincuenta galeras y ocho gabarras. Dificultaba Uluch-Ali, que habia cambiado su nombre con el de Kilich (espada) al recibir del Sultan el título de Kapudam Bajá ó gran Almirante, en premio de sus esfuerzos en Lepanto, que se pudieran hallar en breve tiempo quinientas áncoras y todos los demas enseres necesarios para buques mayores, y al manifestárselo así al visir Sokolli, respondióle este: «Señor Bajá, el poder y los recursos de la Sublime Puerta son tales, que si fuera menester les pondríamos jarica de seda y velámen de damasco;» asimismo al Bailio de Venecia, que se le presentó á poco de haber tenido lugar los hechos referidos, le dijo: «¿Venís á saber cómo está nuestro ánimo despues de la derrota? Pues sabed que hay una gran diferencia entre vuestra pérdida y la nuestra. A vosotros, arrancándoos un reino, os hemos arrancado un brazo; vosotros, destruyendo nuestra flota, nos habeis cortado la barba; el brazo no retoña, y la barba crece mas espesa.» Y en cumplimiento de esta especie de amenaza, en junio de 1572, la escuadra turca, compuesta de mas de doscientos buques, dirigióse contra la isla de Candia.

Los coaligados entre tanto procedían con una lentitud comparable solo con la actividad de los turcos; las disensiones que entre ellos existían, el deseo de los venecianos de volver á Levante, el empeño que los españoles tenían por emprender la jornada á Berbería, los esfuerzos de los conciliadores á fin de dividir la armada para salvar ambos proyectos, y hasta la opinion del Papa que creía posible la reconquista de Constantinopla y de Tierra Santa, todo contribuyó á que pasase marzo, fecha en que, conforme á lo tratado, debieran haberse hecho á la mar las naves de la Liga, sin que esto se hubiera realizado, y á que trascurriendo abril y llegando el 1.º de mayo, la muerte de Pio V originase nuevos retrasos.

Sucedíóle en el Pontificado Gregorio XIII, y aunque se mostró tan ardiente partidario de la Liga como su antecesor, y aunque ya se habia resuelto proseguir la empresa comenzada, á lo cual animaban á D. Juan de Austria, además de los breves de fuego del Pontífice, como él les llamaba, los ruegos de los cristianos de la Albania y la Morea que se le ofrecían por vasallos, nada pudo hacerse tampoco, porque la incomprensible conducta de Felipe II ordenando á su hermano que no se moviese de Mesina, fue un impedimento mayor para los aliados que lo habian sido las disensiones de estos y la muerte de uno de los principales.

Posible es que influyeran en el ánimo del Monarca para tomar tal determinacion las complicaciones que pudieran surgir por parte de Francia en la cuestion de Flandes á la sazón harto embrollada; mas si se tiene en cuenta el empeño que siempre habia puesto aquel en impedir que á su hermano se le diese el tratamiento de alteza, acerca de lo cual habia escrito á sus ministros en Italia y á los embajadores de Alemania, Francia é Inglaterra, no es mucho suponer que los celos que pudiera infundirle el encumbramiento de este, pesaron no poco en su ánimo al dictar una medida tan contraria á los intereses de la cristiandad y á los de la misma nacion española.

Pero semejante conducta no podia durar mucho tiempo, y los

esfuerzos de Gregorio XIII y el haber desaparecido el pretexto que pudiera alegar para justificarla con el desvanecimiento de los temores respecto á Francia, obligaron á Felipe á dar órdenes á don Juan para que saliendo de Mesina se dirigiese á Corfú.

Pero entre tantas dilaciones habia transcurrido julio, y ya un mes antes habíanse lanzado al mar las naves de Turquía. Avistáronse varias veces las escuadras enemigas, mas nunca trabaron combate á causa del empeño que en evitarlo ponía Kilich-Bajá, y llegó el 7 de octubre, aniversario de la accion de Lepanto, sin que hecho de armas de importancia ninguno se llevase á cabo; en este día pareció que de nuevo iba á trabarse combate, mas supo hábilmente evitarlo el Almirante turco, y no produjo otro resultado que el apresamiento de una galera perteneciente á un nieto de Barba-Roja.

Refugióse Uluch-Ali en el puerto de Modon, y propuso D. Juan que allí se le atacara, mas el haber desaprobado el consejo de capitanes la idea, la falta de unidad de miras, cada vez mayor en los coaligados, y la gran dependencia en que le tenía el Rey su hermano, movieron al Príncipe á dar por terminada la campaña de 1572, y regresar con sus naves á Mesina, y despues á Nápoles, en tanto que los venecianos se dirigían á Corfú y las galeras pontificias á los puertos de sus estados.

A pesar de lo infructuoso de esta campaña, hallábanse dispuestos el Pontífice y el Monarca español á seguir cumpliendo lo estipulado en la Liga, y aun tenían propósitos de aumentar naves y tropas, mas estorbó sus intentos la mala fe de los venecianos que, siguiendo su sistema de no atender mas que al interés propio, no vacilaron en ajustar la paz con el sultan Selim, firmando en 7 de marzo de 1573 un tratado, á juzgar por el cual, como dice un historiador, se habria creído que los turcos habian ganado la batalla de Lepanto; pues además de obligarse á pagar á Selim trescientos mil ducados por espacio de tres años, reconocíale y le aseguraban sus conquistas.

Manifestó Felipe II su impasibilidad acostumbrada al recibir la noticia de tan indigno hecho; no así D. Juan de Austria que, mas dado á dejarse llevar de los impulsos de su corazón, ó menos dugo en el arte del disimulo, resistíase á creer la noticia, y cuando se hubo convencido de su certeza, expresó abiertamente su indignacion apresurándose á quitar de la galera real el estandarte de la Liga, en lugar del cual enarboló el pabellon español.

Avido de gloria el joven Príncipe, y deseoso de no tener en la inaccion las naves y tropas que acaudillaba, manifestó su deseo de acometer con ellas alguna empresa, «que seria poca autoridad á las cosas de S. M. haber juntado una armada tan gruesa con tantos gastos, y deshacerla sin sacar ningun fruto de ello, tanto mas habiéndome S. M. mandado escribir diversas veces y mostrado particular voluntad y deseo de que se haga la empresa de Túnez y Biserta.» Accedió el Monarca á sus deseos, y si bien hasta setiembre no pudo acometer la empresa por hallarse la escuadra «sin un solo real, y con muchos centenares de millones de ducados de deuda (1),» vencidas todas las dificultades y tomadas las medidas necesarias para proteger las costas de Sicilia y Nápoles, enderezó don Juan el rumbo á la Goleta con ciento cuatro galeras y otras naves menores, y mas de veinte mil hombres.

En este último punto tomó los dos mil quinientos veteranos que le guarnecían, y dejando en su lugar otros tantos bisoños, tomó el camino de Túnez, donde el Alcaide de la Alcazaba, que la tenía á nombre de Muley-Hamet, convencido de la imposibilidad de la resistencia, se apresuró á abrir al Príncipe las puertas de la ciudad, donde hizo este su triunfal entrada sin permitir que se cometieran desmanes ni se redujera á esclavitud á los tunecinos.

En vista de esta conducta y del seguro que D. Juan les dió de que no serian molestados, volvieron no pocos de los habitantes que habian abandonado la poblacion, y aquel, despues de haber hecho construir junto al estanque un fuerte en el cual dejó ocho mil hombres de guarnicion á cargo del maestre de campo Andrés de Salazar, restituyó á Muley-Hamet en el trono de Túnez que le habia arrebatado Uluch-Ali, y él marchóse á apoderarse de Biserta, que asimismo ocupó sin resistencia, siendo muertos los turcos que en él habia por los moros mismos, y quedando el caudillo de estos por gobernador de la ciudad con trescientos soldados españoles al mando de Francisco Dávila.

Pocos días habian bastado á D. Juan para llevar á cabo su empresa, y en 17 de octubre regresó á la Goleta donde, despues de haber cometido un error de consecuencias fatales dejando á D. Pedro Portocarrero, persona inhábil, el gobierno de la plaza, marchó el 24 del mismo mes en direccion á Palermo, y de allí á Nápoles, «donde la gentileza de la tierra y de las damas agradaba á su edad,» si hemos de creer al historiador Cabrera.

Por mas que esta empresa fuese gloriosa, muchos mayores resultados debieron esperarse de la victoria de Lepanto, y de haberlos malogrado se originaron los desastres que á su tiempo tendremos ocasion de manifestar.

(1) Carta de D. Juan de Austria al cardenal Granvela en el archivo de la casa de Villerfrancia, y en el tomo III de la *Coleccion de documentos inéditos*.



LOS TURCOS SE APODERAN DE LA GOLETA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXVI.

Sucesos posteriores á la Empresa de Túnez.—Caen los turcos sobre esta poblacion y la Goleta, y se apoderan de ellas.—Es nombrado D. Juan lugarteniente general del Monarca, en Italia.

UNA vez D. Juan de Austria en Italia, y terminada ya su gloriosa expedicion á Túnez, pensó con razon sobrada, que era ya hora de que le concediese su hermano alguna recompensa á sus servicios, y siendo una de las cosas que mas ambicionaba que le reconociera este el tratamiento de alteza, tratamiento que, á pesar de las frecuentes prohibiciones ya mencionadas, todos le daban menos su hermano, proyectó volver á España á avistarse con él, mas al llegar á Gaeta en 16 de abril de 1574, sorprendióle la órden de pasar á Lombardia con el doble objeto de poner mano en los negocios referentes á los desórdenes que á la sazón ocurrían en la república de Génova, y de estar á la mira de los proyectos de los franceses respecto á este pequeño estado y al de Flandes.

Obligóte esta órden á renunciar á su idea, y en su virtud, marchó hácia Vejeven, donde recibió instrucciones de su hermano, relativas á los asuntos de aquellos países.

Grande era la alteracion que por entonces reinaba en la república de Génova, promovida por las parcialidades de la nobleza, que se dividía en dos principales bandos, el de los antiguos nobles, llamado del Portal de San Lucas, y el de los modernos, que se denominaba del Portal de San Pedro, disputándose uno y otro el poder con encarnizamiento, sostenido el primero por el Rey de España, cuyo protectorado, ejercido ya por Carlos V, reconocia é impetraba, y apoyado el segundo por la influencia francesa y por el pueblo, no cesando hasta alcanzar participacion en el gobierno del estado.

Propalaban los amigos de la Francia que pretendia Felipe alzarse con la soberanía de Génova, pero este, cauto por demás en dar armas á sus enemigos, limitaba sus miras á conservar el protectorado, manteniendo la libertad en el estado, aplacando los bandos, procurando hacer que la administracion fuese lo mas justa posible, é impidiendo por todos los medios que la influencia francesa llegara á ingerirse en Génova, bajo pretexto alguno; conformes con esto eran tambien las instrucciones que daba á su hermano, ajustándose á ella la conducta que este seguía, en union de Juan Idiaquez y Sancho de Padilla, que se hallaban en Vejeven como embajadores extraordinarios, debiéndose á ella que los bandos, aunque duraron algun tiempo, fueran aquietándose y que no encontrase Francia el menor pretexto para tomar parte en los asuntos de Italia.

El historiador Lafuente, al ocuparse de estos asuntos, hace notar una particularidad que nos obliga á transcribir algunas de sus frases para que pueda comprenderse el carácter de Felipe II y los medios que empleaba para tratar en el Consejo negocios de tanta importancia. Dice así:

«Tenemos á la vista una carta descifrada de D. Juan de Austria al Rey sobre los sucesos de Génova y su conducta en ellos con arreglo á las instrucciones de S. M. Esta carta, copiada por nosotros del Archivo de Simancas (Estado, legajo 1067), tiene la siguiente particularidad, que prueba una de las cualidades y costumbres de Felipe II en estas materias. Se ven en ella las tachaduras y enmiendas que él hizo de su mano en el texto y al márgen las adiciones y correcciones que puso de su puño y letra. Haciendo todo esto para presentarla despues al Consejo en los términos que á él le convenia, omitiendo lo que no queria que el Consejo supiese, ó añadiendo lo que le parecia.—Decimos esto con seguridad, porque tenemos tambien la copia tal como se trasladó al Consejo, con las enmiendas, correcciones y adiciones que habia mandado hacer el Rey. Esto lo acostumbraba muchas veces (1).»

La aseveracion de un historiador tan concienzudo como el autor de la *Historia general de España*, es de gran valer, máxime cuando la justifica con el exámen de documentos tan irrefutables.

En Felipe II todo era calculado, no hacia nada dejándose llevar por la inspiracion del momento y alteraba conceptos y modificaba ideas segun creia ser mas conveniente á sus intereses.

Ocurrió en esto el fallecimiento de Carlos IX (30 mayo 1574), y con tal motivo parece que tuvo por un momento D. Juan de Austria el pensamiento de aspirar al trono francés, y aun pidió parecer sobre esto á D. García de Toledo, persona de toda su confianza, el cual contestó á la consulta con una carta, en la que se leían los siguientes párrafos:

«En lo de la muerte del Rey de Francia, á mi juicio hay poco que decir, mas de guardar la paz que es lo que agora parece que nos cumple... Y si para ser rey de Francia, tuviese Vuestra Alteza el derecho conforme á los méritos, podriase luego coronarse sin contradiccion ninguna; mas habiendo de ir esto por sucesion, podriamos hechar los tajos á lo que va por eleccion y por mérito, y cuando vacase lo de Polonia, con el nuevo reyno y herencia del que agora lo tiene, podriase atentar con el Rey nuestro señor, que encaminase y procurase la eleccion para vuestra alteza, que no seria mucho cumpliéndole á él tanto salir con la empresa, que salió tres dias há el rey de Francia, concurriendo en vuestra alteza con mucha ventaja todas aquellas partes que parece movieron á aquellos electores á elegir el que es agora, que con valor, industria de guer-

(1) El historiador Vauder Hammer consagra todo el libro V de su obra sobre don Juan de Austria á narrar los sucesos de Génova, y de igual manera en la *Historia de Felipe II*, por Cabrera, hemos visto que trata este asunto con gran detencion.

ra, defension de la patria, y no estar obligado á gastar las rentas de allí, en otros reinos extranjeros sino en el suyo, á lo cual se añade el crédito y reputacion tan grande como vuestra alteza ha ganado con el comun enemigo de la cristiandad y el mayor y mas poderoso que tiene en aquel reino (1).»

Conforme habia previsto D. García de Toledo, el duque de Anjou sucedió á su hermano en el trono de Francia, dejando la corona de Polonia, que tenia por demasiado ligera, al decir de Chateaubriand, y como Felipe II no se manifestó dispuesto á interesarse porque el principe cñiera á sus sienas la corona de los Jagellons, hubo de renunciar este á sus proyectos sin pasar en ellos mas adelante.

Tratábase por entonces entre el Monarca, D. Juan de Austria y D. García de Toledo, si seria ó no conveniente dismantelar y abandonar el fuerte que en Túnez habia mandado construir el segundo; inclinábase este á mantenerlo, por mas que el último, era de dictámen contrario y decíale, en una de las muchas epistolas que se cruzaron entre ambos, «á lo que yo entiendo y por lo que refieren algunos por testigos de vista de la flaqueza del fuerte, yo tengo aquello por muy peligroso, y si es verdad que en la Goleta no hay la gente que seria menester, tambien me hace temor mucho, y seria de opinion que es mejor estar fuertes en una parte, que flacos en dos.» El Rey, sin embargo se inclinó al dictámen de su hermano, mas los sucesos vinieron á justificar que no estaba la razon de su parte.

Un ingeniero italiano, llamado Jacobo Zitlolomini á quien Felipe, despues de utilizar largo tiempo sus servicios en la Goleta, abandonó é hizo sufrir toda clase de desprecios, lleno de venganza, pasóse al turco, renegando y tomando el nombre de Mustafá, y rebeló al Sultan los puntos flacos que la fortificacion de aquella plaza tenia. Animado por tales revelaciones, aprestó el turco una armada de doscientas treinta galeras, treinta galeotas y cuarenta bajeles de carga, con cuarenta mil soldados, y dando el mando de aquella, á Uluk-Alí, y el de estos, á Sinan-Bajá, encargóles la reconquista de la Goleta y de Túnez.

Lo numeroso de las fuerzas turcas, la escasez de guarnicion en dichos dos puntos, la impericia de Pedro Portocarrero, de quien dice un historiador, «que ignoraba mas de lo que era menester, y que no habia pasado por todos los cargos militares,» y los contrarios vientos que impidieron á D. Juan de Austria á acudir en socorro de los sitiados, todo contribuyó á que, á pesar del heroismo de estos, Túnez y la Goleta cayeran en poder del turco, haciendo prisioneros á Portocarrero, á Jerónimo de Torres y Aguilera, narrador de estos sucesos, á Gabrio Cervelloni, que fue cruelmente tratado, á Pagano Doria, que fue asesinado por cuatro moros á quienes habia ofrecido 4,000 ducados si le proporcionaban ocasion de escaparse, y otros varios animosos capitanes; solamente Juan de Zagorerra obtuvo para sí y para las tropas que guarnecian el fuerte del Estanque una capitulacion honrosa, en virtud de la cual debian quedar en libertad; mas, procediendo Uluk-Alí con su acostumbrada mala fe, solo le permitió marchar con cincuenta hombres, que en una nave francesa se dirigieron á Sicilia.

Pérdida fue esta para los españoles muy dolorosa, por mas que costara al turco tres meses de esfuerzos (de julio á fines de setiembre 1574), y no menos de veinte mil soldados, y por mas que fuese mas bien su conservacion cuestion de honra y no de utilidad; esto acreditó el dicho de D. Diego de Mendoza, «que muchas empresas juntas no son vianda de príncipes de poco dinero, por grandes que sean.»

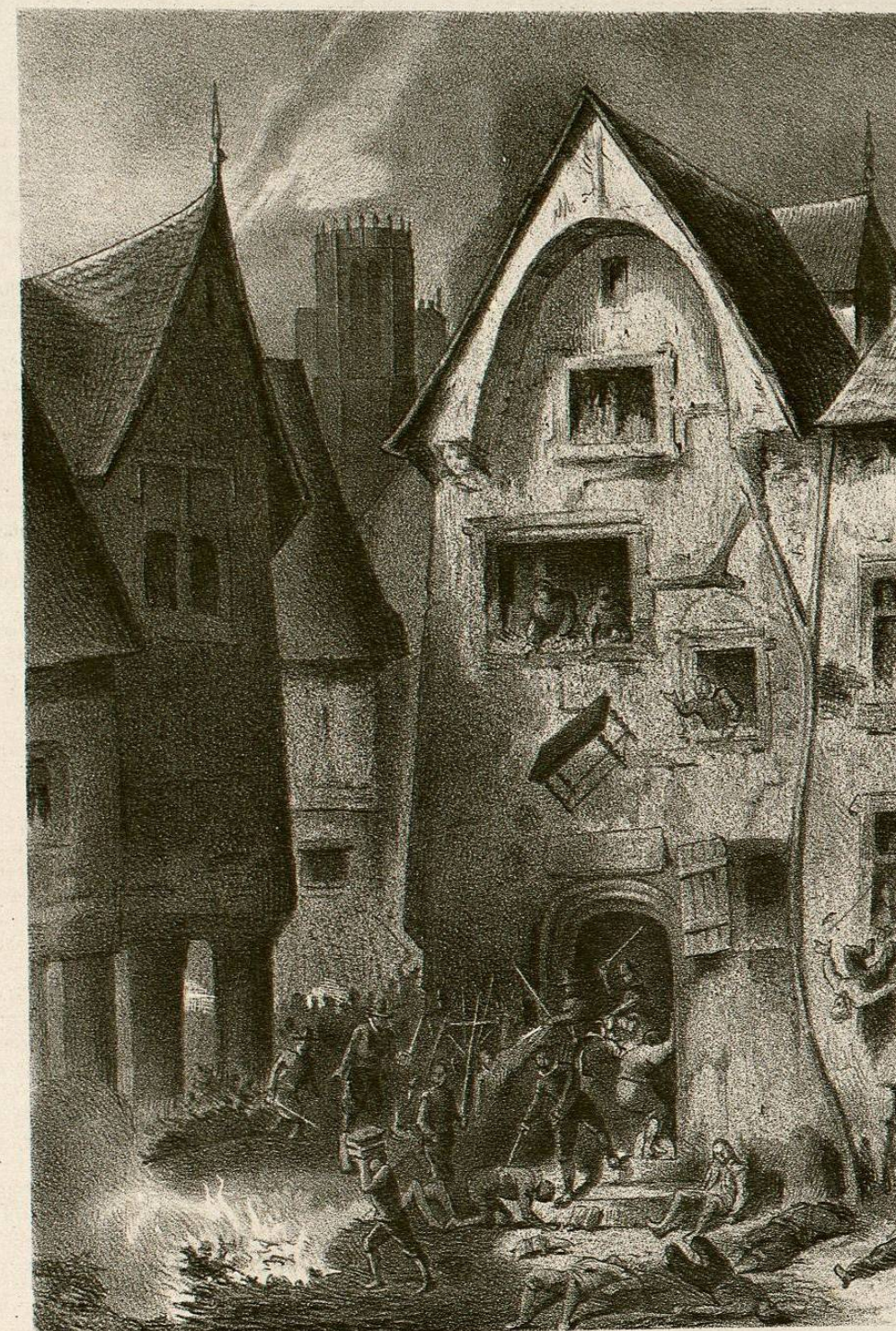
Los turcos, una vez conseguido su objeto, volaron el fuerte de la Goleta, guarnecieron con cuatro mil hombres á Túnez y tornaron á Constantinopla, llevando prisioneros á Portocarrero, que murió en el camino, y á Gabrio Cervelloni, canjeado poco despues por Mohamet-Bajá, prisionero de Lepanto. Jacobo Zitlolomini, ó si se quiere Mustafá, no pudo gozar de su venganza, pues fue una de las víctimas del ejército mahometano.

Recibió D. Juan de Austria la noticia de estos hechos, cuando, desesperado ante la constancia del mal tiempo, disponíase ya, á pesar de todo, á lanzarse á la mar, y como ya entonces era esto inútil, de Trapani donde se hallaba, tomó el camino de Nápoles, y poco despues, empezado el año 1575, vino á España para pedir á su hermano el nombramiento de lugarteniente general en todos los dominios de Italia, y la concesion del anhelado título de alteza; consiguiendo solo lo primero y una nueva negativa respecto á lo último.

En vista de esto, despues de visitar el Escorial y de pasar á Aranjuez á conferenciar con su hermano, embarcóse en Cartagena y tomó la vuelta de Vejeven, donde llegó á primeros de julio.

Otro año y medio permaneció en Italia, y á pesar del esmero que puso en los negocios de su hermano, y á pesar de las simpatías que supo conquistarse entre los italianos, no pudo conseguir de aquel la recompensa, á que tan digno le hacían los servicios que ya le habian prestado.

(1) Carta de D. García de Toledo á D. Juan de Austria, fecha en Nápoles en 30 de junio de 1574.



LIT. J. SERA.

LIT. VIDAL, OLMO, 23.

COMBATES EN AMBERES

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.